

## CAMBIAR DE MODELO

"El modelo y las soluciones de 1959 ya no son aplicables en la economía española", dijo José Luis García Delgado; "El Gobierno español no está en condiciones de aplicar las medidas tradicionales de política económica", Julio Segura; "Podemos estar a las puertas de una recesión mundial, con lo que las esperanzas españolas de salir de la suya en la onda de la recuperación internacional se vendrían abajo", señaló Carlos Sebastián. Y Santiago Roldán remató el análisis señalando que la crisis económica se había agudizado durante la actuación del primer Gobierno de la Monarquía, el Gobierno Arias-Fraga-Villar, que diría más tarde Ramón Tamames. Las cuatro aproximaciones que los economistas citados hicieron al tema del colapso económico español en las actuales circunstancias, en un coloquio celebrado la pasada semana en Madrid, coincidieron tajantemente en un punto, que destacaba, entre otras muchas convergencias: sin cambios políticos profundos España no resolverá sus problemas económicos.

El coloquio estaba promovido por el Círculo de Estudios e Investigaciones Sociales que hacía su presentación pública con el mismo. CEISSA —cuya "s" suplementaria desmiente cualquier posible concomitancia con el baqueteado Ceisa de Pepín Vidal— es un centro de estudios, presidido por Ramón Tamames, con Juan Antonio Bardem de vicepresidente y Jaime Sartorius de secretario; se propone, básicamente, analizar los aspectos más críticos de la realidad española "con la vista puesta en la democracia y en un socialismo en libertad", agrupando con este fin a personalidades independientes, aun cuando la ideología predominante sea la de los miembros del Consejo de Administración antes citados.

La crisis económica era el objeto de este primer análisis: pero la crisis política, el agotamiento del modelo del 18 de Julio, fue el aspecto crucial de los planteamientos hechos por todos los oponentes. José Luis García Delgado vino a insistir en la imposibilidad de superar el actual momento sobre la base de una operación estabilizadora como la de 1959. La situación internacional ha cambiado profundamente respecto de aquella fecha; hoy estamos metidos de lleno en un momento de graves dificultades del capitalismo mundial "y podemos asistir al comienzo de una edad de oro del proteccionismo". La propia escena política europea, que fue determinante del éxito de 1959, ha cambiado notablemente: los ascensos del PCI en Italia, de la "unión de la gauche" en Francia, la democracia

portuguesa y la griega, son elementos nuevos y renovadores de la situación. España tiene poco poder negociador a escala internacional y además, en contra de lo que ocurría en 1959, tiene una clase obrera muy numerosa, fuerte y organizada, y cuenta con una oposición democrática que tiene una alternativa coherente. Todos estos factores hacen casi imposible el éxito de la operación estabilizadora, lo cual no impide que el Gobierno intente llevarla a cabo, con probables resultados catastróficos.

¿Y qué otros caminos le quedan? Julio Segura vino a demostrar que sin cambios políticos le quedan muy pocos o ninguno. La política fiscal es inutilizable para luchar contra la coyuntura adversa: "¿Cómo va a serlo con un sistema fiscal que es más equitativo después que antes de pagar los impuestos?", dijo Segura. La política monetaria, siguiendo el repaso de los recursos keynesianos tradicionales, tampoco vale, habida cuenta de su total falta de autonomía y su dependencia respecto de la política fiscal. Con la actual estructura sindical, la política laboral que podría servir para establecer una política de rentas tampoco es viable. No es posible, por tanto, desde las actuales bases, establecer una salida coherente para los problemas de la economía española. "El continuismo no tiene salida en esta línea". La apertura al capital extranjero, una posible repatriación de los capitales fugados y un plan de estabilización no serían más que una inyección provisional de árnica que además colapsaría al país.

Carlos Sebastián apuntó que, en contra del forzado optimismo de las autoridades españolas, el capitalismo mundial no ha salido de la crisis. "Podemos estar a las puertas de una nueva recesión mundial, y la reactivación actual puede ser muy corta. El capitalismo mundial está al final de uno de sus ciclos largos, no de los cortos". Caracterizó los problemas económicos de España en tres epígrafes: inflación, empleo y balanza de pagos. La productividad del trabajo ha descendido notablemente, hasta el extremo de que los trabajadores tendrían que aceptar aumentos de tan sólo el 2 por 100 para mantener el equilibrio salarios/beneficios. Y ello cuando el descenso de la productividad no es achacable a los trabajadores, sino a la reducción de la inversión. En definitiva, la productividad baja, los salarios presionan el alza y los empresarios, para no afectar a sus beneficios, repercuten las subidas de costes a los precios de venta: no hay solución para el problema de la inflación.

Tampoco lo hay claro, en estos

momentos, para el del empleo. La población laboral crece muy rápidamente (Santiago Roldán, en su intervención, señalaría que lo hace a razón de 250.000 trabajadores anuales) y la estructura productiva tiene una bajísima capacidad de absorción de mano de obra (los sectores más dinámicos y las empresas extranjeras crean plantas de alta tecnología, favorecidos por la política de dinero barato que permite grandes inversiones). Si a ello se añade el descenso de las inversiones se concluirá que la población parada no hará sino aumentar.

Santiago Roldán, el último de los ponentes, incidió, como él mismo reconoció, en buena parte de los aspectos señalados anteriormente, cuantificando con precisión algunos de los extremos. Y apuntó un dato del mayor interés: las alzas salariales están moderándose en los últimos meses, lo cual indica, teniendo que el número de horas trabajadas ha disminuido y que la inflación sube sin parar, que los salarios reales están descendiendo. Y mucho.

Tamames cerró la ronda de intervenciones con la siguiente pregunta: ¿Estamos al borde del final o queda otra fase intermedia? "Si no fuera porque la clase obrera española es fuerte, organizada y no está contaminada por lo más mínimo por actitudes peronistas, podríamos decir que esa fase intermedia sería una argentinización del proceso político". Aumentará la inestabilidad con el nuevo Gobierno. "Esperemos a octubre", dijo Tamames, quien repitió, una vez más, que la ruptura es inexorable.

La segunda sesión de los coloquios llevó al estrado a Luis Larroque, de Izquierda Democrática; a Laureano Lázaro y Carlos Berzosa, del Partido Comunista de España; a Joaquín Leguina, de Reconstrucción Socialista, y a Juan Muñoz, "independiente anticapitalista", que actuó de crítico frente a los ponentes. Estos, tras exponer los ya conocidos programas de sus partidos, coincidieron en muchos extremos, trataron de responder a las críticas de ciertos sectores del público. El problema, como era de esperar, fue el "timing", el saber en qué momento se puede, qué relación de fuerzas es necesaria para poder llevar a cabo, por ejemplo, la nacionalización de las 35 primeras españolas que controlan el 40 por 100 del capital social total emitido por las sociedades anónimas: "that is the question", pero será la batalla política quien decida. Hay que cambiar y rápido, pero habrá que sudar bastante más de lo que hizo en el abarrotado local de las sesiones, recalentado hasta más de cuarenta grados. ■ CARLOS ELORDI.

**B**ANESTO, el primer Banco del país, ha sido, a la luz de los comentarios de prensa y de los hechos fehacientes, el primer protagonista (de triunfador hablaremos cuando haya algún triunfo que presentar) de la reciente e inesperada crisis de Gobierno. El gran error, como se llama a la crisis de julio, será en buena parte, si así se confirma, el error de Banesto. Cuatro hombres del nuevo Gobierno son hombres estrechamente vinculados al Banco: Alfonso Osorio, vicepresidente segundo y ministro de la Presidencia, uno de los hacendados de la crisis; Marcelino Oreja, ministro de Asuntos Exteriores, hombre estrechamente unido a José María Aguirre Gonzalo, presidente de Banesto y a su vez presidente del Banco Guipuzcoano, al que el titular de Exteriores está ligado desde hace tiempo; Landelino Lavilla, ministro de Justicia y ex secretario general de Banesto; Eduardo Carriles, ministro de Hacienda, rector, por tanto, de la política económica del Gobierno, director de la Unión y el Fénix, empresa de seguros "todo-Banesto". La lista de bancarios se completaría con José Lladó y Fernández Urrutia, ministro de Comercio, y Leopoldo Calvo-Sotelo, ministro de Obras Públicas, hijo, el primero, del actual presidente del Consejo de Administración del Banco Urquijo y consejero-delegado, el segundo, de Unión de Explosivos Riotinto, "empresa-Urquijo" hasta su entrada en el primer Gobierno de la Monarquía. Por su parte, Marcelino Oreja y José Lladó están unidos a otro grande de una Banca menos característica, pero prohombre de las finanzas del régimen, como es Manuel Arburúa de la Miyar, presidente del Banco Exterior de España, de quien los dos nuevos ministros son yernos.

La Banca aparece por todas partes, y Banesto especialmente. Pero, ¿qué ha impulsado a nuestros ilustres financieros a tomar tan directa parte en los avatares políticos del país? Experiencias históricas de intervenciones no se recordaban antes del 18 de julio, y sólo las presiones a favor de un cese de Barrera de Irímo, mucho menos fuertes de lo que se piensa, podrían constituir un antecedente inmediato (se considera ya como historia el hecho de que Barrera firmó su condena ante los banqueros por el hecho de abrir la mano del "statu quo" bancario de 1962, permitiendo la creación de nuevos Bancos nacionales). Los banqueros, uno de los grupos más significativos de las fuerzas de la derecha económica y política que permitieron el 18 de julio, han recibido demasiadas prebendas desde el poder, sin necesidad de imponerlas, como para poder necesitar una intervención directa.

Puestos a especular, al igual que hacen en estos momentos todos



Banesto: un edificio moderno para una crisis a la antigua... y al lado de Presidencia. (Banco Español de Crédito: Paseo de la Castellana, 7.)

## La Banca y la crisis

# ¿Por qué se equivocaron?

aquellos comentaristas afanosos por descubrir una crisis que a la luz de las soluciones planteadas no tenía por qué haber sido, dos son las razones que han podido impulsar a los banqueros a actuar: la primera, y en esto conviene matizar que cuando se habla de banqueros en la actual crisis se está hablando fundamentalmente de Banesto, nos hace pensar en las presiones internas que los grupos políticos más caracterizados del Consejo de Administración del primer Banco del país (y no es superfluo recordar que jefes de fila como López Bravo y Silva Muñoz —cuyos "católicos colaboracionistas" se han metido a raudales en el nuevo Gabinete— son prohombres del Banco) habrán podido hacer en esta línea; es una razón de peso que viene a ilustrar, para quienes lo habían olvidado, la fuerza de los sectores más favorecidos por Franco, que son capaces, sin ni siquiera colocar a sus prohombres en el Gobierno, de decidir su composición: los rumores de un pacto tácito entre ambos —grupo Opus y católicos colaboracionistas—, enfrentados en coyunturas anteriores, son cada vez más serios para apuntalar esta línea de presiones.

La segunda razón es de índole estrictamente bancaria. ¿Qué puede asustar a los banqueros, no ya a los políticos, de la gran Banca española tradicional? Probablemente sólo dos cosas: la nacionalización y la ruptura de su monopolio en el mercado financiero español. La in-

flación no es problema para la Banca por mucho que digan los banqueros; tampoco el paro; ni el déficit de la balanza de pagos; las medidas restrictivas de políticas monetarias "a la española" pueden ser molestas, pero nunca preocupantes. Sólo lo señalado más arriba puede mover a los grandes nombres de la oligarquía española a actuar.

Veamos entonces: el peligro de nacionalizaciones bancarias dentro de la situación que establecía el anterior Gobierno no era real, dentro de su dinámica. Pero en lo que a veces se ha demostrado como estrecha mentalidad de la oligarquía, un Gobierno que por sus contradicciones y su actuación alimentaba una dinámica de cambio, con la que él mismo entraba en contradicción, abría posibilidades para que se entrara en un camino democrático, que, en esa mentalidad estrecha, llevarla inmediatamente a la nacionalización de la Banca. Las referencias unánimes, aunque con distintas palabras, que los dirigentes de varios Bancos —Banesto, Vizcaya, Santander, Bilbao y Popular Español, entre los más conocidos— han hecho al tema en las recientes Juntas Generales demuestran una enorme sensibilización hacia el mismo. Y la política económica de Villar, creadora de mayores inestabilidades, no hacía sino agudizarla, por muy pro-Banca que fuera, el vicepresidente de Asuntos Económicos.

La otra razón, en línea con el se-

gundo de los motivos de grave preocupación antes señalados, es el peligro de ruptura del monopolio que la propia política Villar llevaba consigo: los créditos americanos, el árnica solicitada por el Gobierno español a los USA "para poder ir tirando"; llevan, y todo parece indicarlo, la contrapartida del asentamiento de Bancos americanos en España, plataforma estratégica de operaciones financieras de primera fila en Europa. Los americanos han venido insistiendo en esta perspectiva desde hace varios años —concretamente desde 1972— y los rumores de próximos asentamientos han venido siendo desmentidos

sistemáticamente con la fuerza de quienes no los quieren: los grandes banqueros, "que son los que mandan".

Este ha podido ser un motivo decisivo, porque el monopolio de la gran Banca, realmente decisivo para el crecimiento exorbitante de sus beneficios, no puede romperse mientras no se rompa el sistema político en el que está montado: es una de las "verdades fundamentales del Movimiento". Hasta el extremo de que no sería descartable un replanteamiento de las contrapartidas exigidas por Wall Street en el reciente viaje de Villar.

La Banca, el Banesto, genuino representante del 18 de Julio, quiere tener en sus manos el proceso político con el fin de que nada cambie, sino en las apariencias, y así se mantengan sus privilegios. Premonitoriamente, José María Aguirre Gonzalo decía pocas semanas antes de la crisis: "La Banca no es un grupo de presión, y como todo el mundo lo dice, yo he exhortado a mis compañeros a que lo seamos". Quienes hubieran leído la inefable frase del primer banquero del país podrían haber adivinado lo que iba a pasar.

Lo que no está todavía dicho, y volvemos a los discursos de las Juntas Generales, es si esta actitud es compartida por todos los Bancos. Porque la renuncia de Sánchez Asain a ser ministro de Hacienda y sus recientes palabras ("la Banca no sólo es compatible con el cambio, sino que incluso lo presupone") indican, como así lo hacen las enormes resistencias que el presidente del Bilbao ha encontrado en su Consejo de Administración, que hay banqueros que sin poner en cuestión su alegría por las nacionalizaciones (tema que a lo mejor algún día, no lejano, será crucial) ven como inevitable la modificación, por lo menos formal, del esquema de poder. Es una hipótesis, y ojalá no nos equivoquemos. ■ CARLOS ELORDI.

